

Balcanes, seis historias de guerra y paz

La guerra de los Balcanes mostró en los noventa la enorme capacidad humana para hacer sufrir. El conflicto se inició en Eslovenia, siguió en Croacia y se extendió a Bosnia hasta que, ahora hace diez años, se alcanzó la paz. La región, sin embargo, vivió aún una nueva tragedia, con la guerra de Kosovo. La fotógrafa Sandra Balsells captó entonces el horror de aquellos enfrentamientos y el drama personal de muchos de sus involuntarios protagonistas. Ahora ha regresado con sus retratos bajo el brazo para saber qué ha sido de los personajes que conoció. Estas son seis historias de los Balcanes entre la guerra y la paz

Texto y fotos de **Sandra Balsells**



1. Andrea Sekulic

A la izquierda, Andrea Sekulic, de seis años, asiste al funeral de su padre, muerto en combate, en el cementerio de Brijest (Croacia) en julio de 1991. A su lado, su madre y su tío. Andrea tiene ahora 20 años y reside en la ciudad croata de Osijek, donde estudia Derecho.



La fotoperiodista Sandra Balsells llegó por primera vez a Yugoslavia en julio de 1991 como colaboradora de un diario británico. Estallaban los primeros combates que, poco después, desencadenaron un proceso trágico: tres guerras, decenas de miles de muertos, millones de desplazados, la desintegración del territorio y unas heridas profundas que tardarán muchos años en cicatrizar.

Durante la convulsa década de los noventa, la fotógrafa viajó al país en más de quince ocasiones para testimoniar los sucesivos episodios de una barbarie que dejó al mundo perplejo; parecía increíble que todo aquello pudiera suceder en una Europa a las puertas del siglo XXI.

Ahora, catorce años después de aquel primer viaje, Sandra Balsells ha querido reencontrar y dar voz a algunas de aquellas personas que aceptaron compartir su dolor con su cámara. Salió de España con una selección de fotografías de su libro "Balkan in memoriam" y rastreó los escenarios donde había obtenido aquellas imágenes, pueblos de Croacia, Bosnia-Herzegovina, Serbia y Kosovo. Poco a poco, las fotos fueron conduciéndola hasta sus protagonistas. La mayoría seguía en el mismo lugar, y casi todos aceptaron recordar aquel pasado doloroso y hablar de su situación actual. Todos, menos uno, demasiado temeroso aún de relatar sus vivencias en una zona de gran tensión.

Los Balcanes son todavía hoy un territorio frágil. En muchos lugares, la situación política no está resuelta, las heridas de la guerra están aún presentes, y no se vislumbran avances económicos que ayuden a normalizar la situación. Sin embargo, la mayoría de las personas con las que Sandra Balsells se ha reencontrado intenta rehacer su vida en un clima de aparente normalidad, pero carente de unos alicientes de prosperidad económica que deberían haberse convertido en una esperanza de futuro.

1. UNA MIRADA HACIA EL FUTURO

En agosto de 1991 llegué al cementerio de Brijest (Osijek) para cubrir los funerales de cuatro soldados croatas caídos en combate. Fotografiar entierros es algo que siempre me ha incomodado; son ceremonias muy íntimas y a menudo extremadamente dramáticas. Trato de mantenerme a una cierta distancia y seguir los acontecimientos con gran respeto. Aquel mediodía, el sufrimiento de los familiares era desbordante. Observé a una niña pequeña cubriéndose los ojos con las manos, en un gesto de desesperación impropio de su edad.

Darko Sekulic murió el primer día de agosto. Andrea tenía seis años cuando asistió desconsolada al entierro de su padre, acompañada de su madre y de su tío, también soldado.

El reencuentro con Andrea resulta algo desconcertante. "En el momento de ver la fotografía —dice— no he sabido de quién se trataba. Mi madre me ha dicho que era yo. Pero no me he reconocido, es como si se tratase de otra persona. Por supuesto que la fotografía no me es indiferente. Siento un gran respeto por el dolor de mi madre y de mi tío, pero sé, con seguridad, que yo no sentí lo que ellos sintieron..."

Andrea se resiste a evocar aquel tiempo. "Con mis amigos casi nunca hablamos de la guerra. Mi opinión es que lo que ocurrió fue una estupidez total. Lo que ha quedado ha quedado, pero sufrir hasta no sé cuánto... es algo que no deseo ni necesito. Tampoco tendría sentido que yo acusara a los serbios de algo... Probablemente, muchos de ellos perdieron a alguien de su familia, a sus padres... A ambas partes nos ocurrió lo mismo, así lo veo yo."

Las palabras de su madre son reveladoras: "Quizá me equivoqué al permitir que Andrea, siendo tan pequeña, estuviese en el funeral de su padre. Durante tres meses, o algo más, no habló nada. Simplemente emudeció. No se separaba de mí ni un instante, me tenía siempre cogida de una pierna. Temía perderme también a mí".

Andrea tiene ahora 20 años y disfruta de una vida normal: estudia Derecho, sale por las noches, tiene novio y un grupo de buenos amigos. "Me gusta tener mucha ropa y

"Con mis amigos casi nunca hablamos de la guerra. Lo que ocurrió fue una estupidez total", evoca Andrea, que perdió a su padre cuando era niña

cambiarme para cada ocasión, aunque aquí la moda nos llega con un año de retraso."

A su edad, parece tener sus parámetros bastante claros: "En primer lugar, me preocupa mi futuro profesional. Y, claro, también mi país. Pero, si quieres tener éxito, primero debes mirar por ti mismo. Es la única forma de progresar en la vida..."

2. EL PRIMER MUERTO

En julio de 1991, pocos días después de viajar por primera vez a los Balcanes, me topé en una calle de Glina (Croacia) con un cadáver tirado en el arcén. Fue mi primer encuentro con un muerto; una víctima de la guerra asesinada por la espalda por un francotirador.

Llovía. El escenario era siniestro. La aldea, devastada y desierta, emanaba un inquietante silencio. Tuve que hacer un gran esfuerzo para salir del coche y enfrentarme a la lluvia, al miedo y a la incertidumbre. Me planteé entonces que si no era capaz de salir y de fotografiar aquella escena, no tenía sentido intentar trabajar en un país en guerra. Fue un momento decisivo.

De repente, como salidos de la nada, apareció una pareja de campesinos. Se detuvieron frente al cadáver y empezaron a envolverlo, primero con una sábana blanca y después con un plástico.

Trece años después, Nikola y Nada Milekovic continúan viviendo en Glina. Hoy, esta pareja de ancianos evoca con sorprendente precisión aquella dramática jornada. "Era nuestro amigo y acababa de salir de nuestra casa cuando le mataron. Su hijo



2. Nikola y Nada Milekovic también estaba con nosotros y se pasó toda la noche preguntando dónde estaba su padre... Al ver las fotos de aquel día, la pareja no deja de sorprenderse. Nikola, con un gesto rápido y espontáneo, agarró mi cámara de fotos y la zarandea ostensiblemente, recordando el temblor de mis manos mientras ellos envolvían el cadáver empapado de su amigo.

Arriba, Nikola y Nada Milekovic cubren el cadáver de un vecino, asesinado por la espalda por un francotirador, en el pueblo croata de Glina, en julio de 1991. Catorce años después, la pareja sigue viviendo en el mismo pueblo, frente al lugar donde cayó abatido su amigo.

3. ¡QUE EL MUNDO SE ENTERE!

La historia que compartí con Zdravko Josipovic en el verano de 1991 fue breve, pero estremecedora. Acababa de estallar la primera guerra en la antigua Yugoslavia, y la población contemplaba atónita una espiral de violencia que no creía real.

El pueblo croata de Sarvas era un lugar desierto del que habían huido prácticamente todos los vecinos. Una pareja de ancianos caminaba penosamente por la carretera tratando de llegar a su casa, que había sido bombardeada aquella mañana.

Al verme con una cámara fotográfica, Zdravko, aquel hombre mayor, me llevó hasta las ruinas de su hogar para que fuera testigo de aquel horror. La desolación de su mirada parecía decir "lo he perdido todo". Quizá también pensara "¡que el mundo se entere!" en un intento, desgraciadamente vano, de que alguien detuviese la sinrazón de aquella guerra.

Zdravko y Nada, su mujer, me pidieron que les trasladara a un centro de refugiados. Entraron en el coche y viajamos en silencio hasta Osijek. Les dejé a las puertas de una casa de acogida, aferrados a dos humildes bolsas de escay que contenían todas sus pertenencias.

Trece años después, las calles de Sarvas apenas dejan entrever los efectos de la guerra. Con la foto en la mano, trato de localizar a Zdravko. Una vecina del pueblo reconoce la mirada abatida de aquella imagen. Me



→ dice que falleció hace cinco años. Sus restos reposan en el cementerio católico de Sarvas junto a una cruz desgastada por el tiempo y el abandono.

Al viejo Zdravko no le mató la guerra. No pudo —o no supo— matarle directamente. Pero jamás superó aquel golpe. Después de perder su casa, Zdravko se abandonó. Bebía doce botellas de cerveza al día y un litro de aguardiente casero. Lejos de casa, arrinco-

nado en aquel centro de refugiados, su vida dejó de tener sentido.

4. OTRO CAFÉ CON LOS MORINA

La provincia de Kosovo fue arrasada entre 1998 y 1999. Alrededor de un millón de albaneses kosovares fueron expulsados de sus hogares. En julio de 1999, Kosovo fue liberado de las tropas serbias, y los depor-

tados emprendieron el camino de regreso.

En la frontera entre Albania y Kosovo, un camión abarrotado de refugiados iniciaba este emocionante viaje. En su parte trasera, un grupo de jóvenes agitaba enérgicamente sus brazos, entre gritos, canciones y risas.

Para la familia Morina, aquel fue un día de emociones contrapuestas. Al llegar a su casa de Bajica, la alegría se esfumó de golpe al descubrir la devastación de lo que un día había sido su hogar. Sobreponiéndose a aquella triste realidad, Nurije Morina, la madre de familia, se dirigió al camión y de entre aquel caos de enseres extrajo varias tazas y un hornillo para calentar agua. Era el primer café en casa tras la guerra.

Seis años después, disfrutamos de un segundo café en esa misma casa, parcialmente reconstruida. Están casi todos: la abuela de 85 años, el matrimonio, dos de las tres hijas y los dos hijos. El reencuentro es una nueva muestra de hospitalidad desbordante. “Cuando tuvimos que abandonar nuestro hogar —dice Nurije—, sabía que no encontraríamos nada al volver. Pero no me importaba en absoluto. Tenía mucho miedo y sólo pensaba en salvar nuestras vidas, especialmente las de nuestros cinco hijos.”

3. Zdravko Josipovic Zdravko Josipovic muestra desconsolado las ruinas de su hogar, destruido en julio de 1991, en el pueblo croata de Sarvas. Falleció en 1999, y sus restos reposan en el cementerio católico del pueblo.

Nurije y la abuela describen el calvario vivido antes de la deportación. “Antes de la guerra nos llevábamos bien con nuestros vecinos serbios. En cuanto se inició el conflicto, todo se truncó.

Nos mirábamos mal. Les saludábamos de puro miedo. Hasta que la situación degeneró en violencia. Antes de huir a Albania, estuvimos tres meses escondidos aquí, en las montañas...”

Ahora, sólo piensan en salir adelante. Dan muestras de enorme entereza. También de conformidad. “Mi deseo principal es que mis hijos acaben los estudios y encuentren trabajo. Sería el mejor regalo”, dice Nurije, mientras comenta que el único ingreso con el que cuentan son los 200 euros que gana su marido, Mustafa, policía local, y alguna ayuda de familiares en el extranjero.



4. La familia Morina. En julio de 1999, la familia Morina (en el camión, la abuela, las tres hijas, los dos hijos y unos primos) emprendía el viaje de regreso a su casa de Bajica (Kosovo) después de permanecer tres meses deportada en Albania. El matrimonio Morina reside en la misma aldea junto a la abuela y cuatro de los cinco hijos (en la foto actual, la madre, la abuela y dos de las tres hijas).



5. SOBREVIVIR EN LA NORMALIDAD

En agosto de 1993, Amra Efica agonizaba en los sótanos de un edificio reconvertido en hospital en Mostar (Bosnia-Herzegovina). Era un laberinto repleto de camillas, sin apenas agua ni luz. Allí estaba ella, postrada en un camastro y luchando por sobrevivir al impacto de la metralla. Era la viva estampa de una Madonna malherida. Resultaba conmovedor que una persona de su edad, por encima de su dolor y de sus heridas físicas, irradiase aquella expresión de dignidad.

Aquella fotografía permaneció dormida en el archivo durante años. Después, la rescaté para incluirla en mi libro “Balkan in memoriam”.

Amra tenía 19 años cuando un obús impactó en su piso de Mostar. En el ataque

murió su prima, y también resultaron heridos su madre, su hermana y su novio.

En plena guerra, y tras varios meses de penosa recuperación, Amra contrajo matrimonio. “Fue una boda muy curiosa —recuerda—: mi novio tenía una pierna escayolada y le llevaron al Ayuntamiento en camilla. Él vestía un chándal, y yo llevaba tres pares de pantalones para no parecer tan delgada. La única ‘música’ que escuchamos aquella tarde fue el estallido de las granadas...”

Antes de la guerra, el sueño de Amra era ser controladora aérea. Estudió Aeronáutica, pero tuvo que abandonar los estudios. Poco después, la guerra la obligó a renunciar a su círculo de amistades. “Mis amigos ya no son los mismos. Muchos murieron, y el resto se exilió.”

Amra es ahora una mujer curtida. Tiene →

Amra contrajo matrimonio en plena guerra. “La única música que escuchamos aquella tarde fue **el estallido de las granadas**”





5. Amra Efica → 32 años, es madre de dos hijos y regenta un establecimiento de comida rápida. Cuando pasea, lo hace por los alrededores de la calle Fejceva, "porque en la parte Este de Mostar, donde vivo, todo se reduce a un par de cables, de manera que no tengo mucho donde elegir. La guerra dividió Mostar en dos partes: Este y Oeste. Esa frontera no existe, pero existe dentro de nosotros..."

Amra es la viva expresión de un instinto humano, quizá innato, de sobrevivir a la tragedia, asumiendo un anhelo de normalidad. "Quedan recuerdos —dice—, pero el tiempo ayuda a curar las heridas. La vida sigue, y hay que vivir."

Amra, una joven bosnia musulmana de 19 años, fue ingresada en los sótanos de un edificio reconvertido en hospital en la ciudad bosnia de Mostar después de haber sido herida por un obús en agosto de 1993. Amra Efica tiene ahora 32 años, es madre de dos hijos y sigue residiendo en Mostar, donde aparece fotografiada junto al viejo puente, recientemente reconstruido.

Amra es la viva expresión de un instinto humano, quizá innato, de sobrevivir a la tragedia, asumiendo un anhelo de normalidad. "Quedan recuerdos —dice—, pero el tiempo ayuda a curar las heridas. La vida sigue, y hay que vivir."

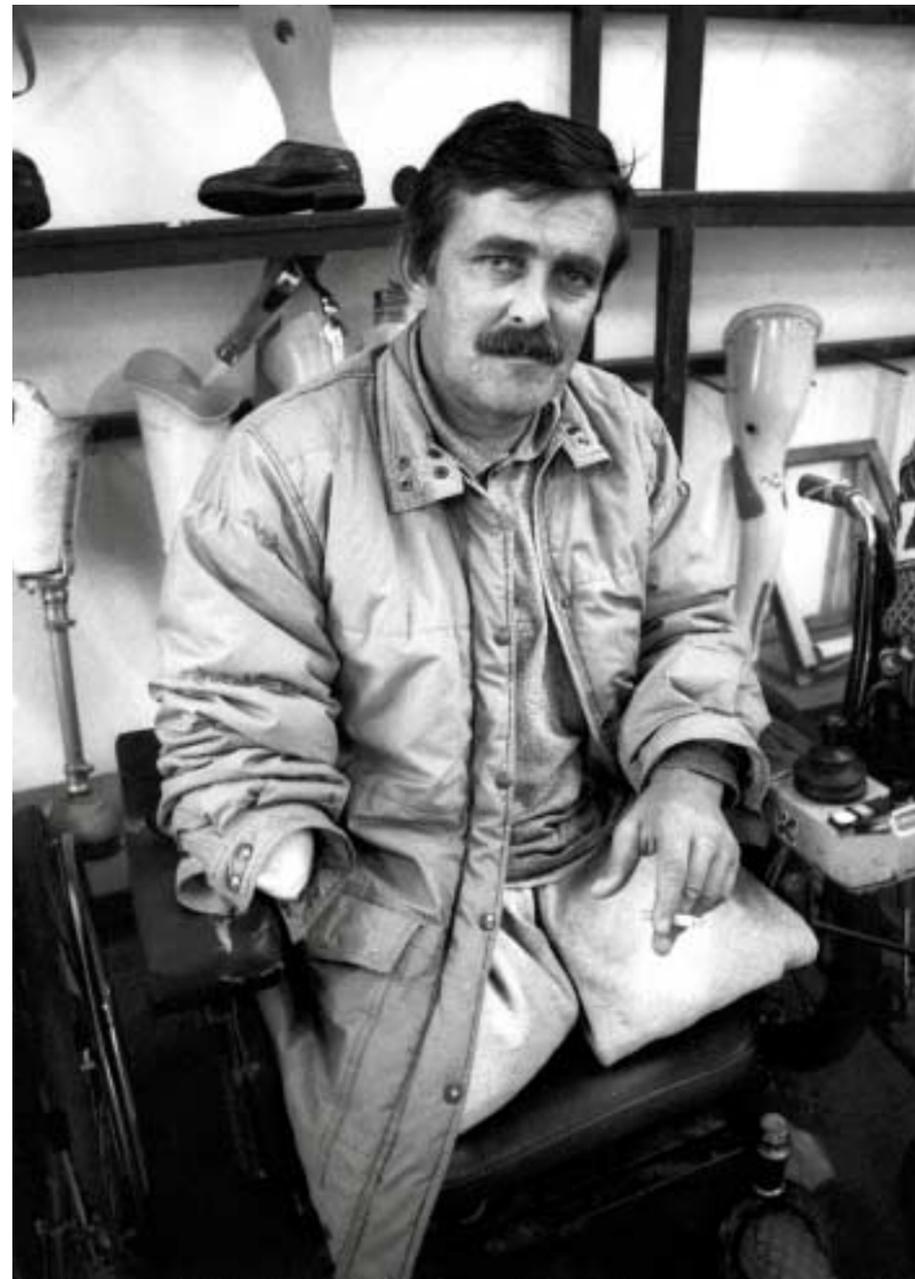
6. DIOS HA DICHO: "DUSAN, VIVIRÁS, PERO SUFRIRÁS"

Antes de la guerra, Dusan Vukojevic vivía en Croacia, en un pueblo de mayoría serbia. Era escultor de monumentos funerarios. Cuando en 1991 estalló el conflicto se enroló como voluntario, y después luchó como militar profesional. "Bajo mis órdenes —reconoce—, se han colocado diez, doce o quince mil minas. Ni me acuerdo, pero sé dónde están..."

"Dios me ha regalado otra vida después de castigarme por todos los pecados que quizá he cometido. Probablemente ha decidido: 'Dusan, vivirás aún mucho tiempo, pero sufrirás'", confiesa este militar serbio de 55 años que en abril de 1995 perdió las dos piernas, el brazo derecho y la visión del ojo izquierdo mientras desactivaba una mina en una posición serbia.

En noviembre de 1996, Dusan estaba ingresado en el Instituto Ortopédico Rudo de Belgrado. Formaba parte de un colectivo doblemente castigado por la guerra: los que habían padecido el conflicto y además habían perdido parte de su cuerpo. Muchos de los mutilados que encontré en Rudo se negaron a hablar con una periodista extranjera. Dusan aceptó.

En Rudo intentaron adaptarle unas prótesis, pero las rechazó. "No son naturales, me



6. Dusan Vukojevic sentía como un hombre 'recortado' —aclara—. Y eso no me gustaba. Quiero morir de una pieza, sin tonterías artificiales."

Dusan vive ahora, con su mujer y su hijo, en un apartamento de Belgrado (Serbia) de apenas 50 metros cuadrados, concedido por el Gobierno por su condición de ex militar inválido. Es un primer piso sin ascensor. Veinticuatro escalones le separan de la calle. Cada vez que quiere salir de casa necesita que sus amigos le bajen en la silla de ruedas.

sentía como un hombre 'recortado' —aclara—. Y eso no me gustaba. Quiero morir de una pieza, sin tonterías artificiales."

Dusan vive ahora, con su mujer y su hijo, en un apartamento de Belgrado (Serbia) de apenas 50 metros cuadrados, concedido por el Gobierno por su condición de ex militar inválido. Es un primer piso sin ascensor. Veinticuatro escalones le separan de la calle. Cada vez que quiere salir de casa necesita que sus amigos le bajen en la silla de ruedas.

Ahora, Dusan se dedica a pintar paisajes coloristas de trazo ancho, con la mano izquierda. "Mis pinturas se clasifican en dos géneros: pinturas a la cerveza y pinturas a la rakija (el aguardiente local). Es un pequeño vicio que me gusta combinar", enfatiza irónicamente. "Con frecuencia me preguntan por qué no aparecen personas en mis cuadros. Puede que las personas estorben en las pinturas. Durante los últimos diez años no se han mostrado como los mejores ejemplares de una especie que merezca ser inmortalizada."

Su situación, a veces, le hace perder ligeramente su gran compostura. "El Estado no se preocupa de los inválidos. Cuando hemos pedido ayuda a organizaciones humanitarias y les hablamos de nuestra condición de ex militares, inmediatamente piensan que somos hombres de Karadzic, de Mladic, de Milosevic... Nosotros jamás elegimos la guerra, queríamos la paz. A los políticos habría que colgarlos." Y añade: "Seré cínico: en la guerra, todos obtuvieron lo que deseaban. Lamentablemente, yo soy un daño colateral".

Dusan reconoce que "es natural que me sienta triste como perdedor. El vencido no puede esperar una bondad o un respeto exagerados, pero quizá sí algo más de clemencia. Aunque no sé cómo me habría sentido yo como vencedor. Es terrible... A veces pienso que yo, como vencedor, puede que fuera peor".

Estos testimonios aparecen en la película documental "Retratos del alma", producción de Clara Films y TV3 que se emitirá en varias televisiones europeas, entre ellas, Canal 33 (2 de diciembre, a las 22.00 horas).

